

Ramiro Tapia es uno de los pintores más interesantes del panorama artístico español de los últimos 50 años. Este interés surge de una investigación estética muy personal y diferenciada del resto de los artistas. No obstante pertenezca a una de las generaciones más importantes e internacionales de nuestra historia, tras una etapa inicial de formación similar a algunos de sus coetáneos, no optó ni por el informalismo del grupo El Paso, ni por la abstracción geométrica del Equipo 57, ni por el realismo de Antonio López. Ramiro Tapia emprendió una senda diferente alejada de referencias reconocibles y reconocidas en el panorama artístico del momento, y dirigió su mirada hacia su interior, que desde entonces hasta hoy se ha convertido en su principal fuente de inspiración.

Ramiro Tapia afirma que él “pinta hacia adentro” donde halla un mundo complejo y rico de experiencias, que abarcan desde el esoterismo al mundo oriental, la música, el arte moderno, el clásico pasando por las artes populares, y sobre todo una poderosa imaginación que articula todo. “Ya sólo me queda la fantasía”, escribió en una ocasión, y dicha fantasía le condujo desde entonces hasta hoy a un mundo rico, maravilloso e imprevisible: “Estoy solo en mi recorrido nocturno frente al desierto negro, veo volar los peces, girar los barcos sobre la aguja de la torre al compás del viento. También veo la pátina de mi alma ambigua como la piedra de nuestros adorados castillos, nobles y estáticos, y la hiedra de mi corazón que trepa por ellos y que la brisa mueve a sentimiento”.

Esta amalgama confiere a la pintura de Tapia un aspecto imprevisible, que no tiene nada en común con ningún artista actual ni pasado. No significa que carezca de lógica -su propia lógica-, muy alejada de aquella relacionada con lo que el mundo de la cultura ha llamado modernidad, la cual, bajo un halo de vanguardia rompedora, no hace más que seguir los railes de un gusto dictado institucionalmente. Ramiro Tapia, en cambio, en su búsqueda de algo nuevo se comporta de un modo mucho más rompedor y moderno; guiado solamente por lo que le dicta su espíritu (y no el gusto internacional ni del mercado) obtiene lo que todo artista debe aspirar y muy pocos lo consiguen, una estética propia y muy reconocible en una obra absolutamente acorde con su personalidad. Lo imprevisible, la falta de lógica, las aparentes contradicciones que pudieran aparecer en su pintura están en total simbiosis con su ávida personalidad. Ávida de experiencias, ávida de nuevos viajes, ávida de conocimientos, ávida de nuevas creaciones. Su pintura se mueve como la mente humana, es decir, a veces disparatada, a veces lógica, generalmente carente de sentido lineal, desinhibida, sinuosa, inaprensible, impulsiva. Pero cuando se conoce bien su obra y se aprende a verla, abstrayéndose de modernidades, mercados y comisariados, se encontrará solamente coherencia y sinceridad.

Su capacidad de saltarse el manual de “cómo ser un artista moderno”, le ha llevado muchas veces a ser un incomprendido, y no sólo por su particular aventura estética, sino también por su capacidad de no estar nunca en el momento ni en el lugar indicado, de expresar siempre lo que piensa, y de no plegarse a las reglas del mercado. Pero qué es más moderno que un ser libre que conduce su obra y su vida con total desinhibición e independencia, incluso más allá de la modernidad.